EL REFLEJO

La niña nació el 11 de agosto de 1.609. Su madre la abandonó a las puertas de una taberna mugrienta, poco antes del alba, sin preocuparse siquiera de ponerle una cobija que tapase su menudo cuerpo. Así, desnuda y llorando a pleno pulmón, la encontró el tabernero. Lo primero que pensó fue lo lógico, que la llevaría a un convento que estaba a dos calles de su fonda pero, tras unos instantes de vacilación, decidió que no era lo mejor. En esos días el Tribunal del Santo Oficio estaba en pleno proceso contra un viejo amigo del tabernero y cualquier cosa que le recordase la Iglesia le hacía torcer el gesto. No, de eso nada. La niña que habían dejado en su puerta iría al orfanato de la Casa y Corte. Cualquier cosa era mejor que dejarla en manos de las arpías de las monjas, cómplices de aquellos frailes acosadores que dedicaban su vida y su esfuerzo a hundir la de los demás, convirtiendo el calvario y la vergüenza de una familia en una fiesta pública que se llamaba Auto de Fe.

Antes de salir hacia el orfanato arrojó a la pequeña con un mantel que llevaba sin lavar varias semanas. Al principio pareció calmarla un poco; aunque era agosto durante la madrugada hacía frío, y hasta hacía sólo unas horas había estado en el vientre de su madre, a salvo de cualquier inclemencia del tiempo. El cambio había sido tremendo. El mantel tenía un insoportable olor a vino que volvió a arrancar los berridos de la pequeña. Tenía hambre y malestar y una única manera de mostrarlo al mundo. El tabernero era un hombre fornido, acostumbrado a lidiar con borrachos y delincuentes pero no sabía qué hacer con ella. No conocía ningún medio para calmar a un bebé hambriento salvo la de apretar el paso para llegar cuanto antes a un lugar donde sus brazos fueran reemplazados por otros.

Poco antes de las siete de la mañana el tabernero estaba en la puerta del hospicio. No parecía que hubiera nadie levantado en el edificio, por lo que tuvo que esperar bastante a que le abrieran la puerta, lo que incrementó su ansiedad. A punto estuvo de dejar a la niña en el suelo y salir corriendo de allí pero el tiempo que se entretuvo en dudar lo empleó una mujer entrada en años en abrir la puerta.

- ¿Se puede saber qué quiere a estas horas?- gruñó desde el umbral.
- Vengo a entregar a esta niña, que ha aparecido en la puerta de mi taberna.
- ¿Y no podía venir un poco más tarde? ¡Va a despertar a toda la chiquillería que aquí

duerme! ¡Y cuando se despiertan tienen hambre!

- Mire, señora, no sé qué hacer con ella. Yo soy tabernero y tengo que empezar a trabajar ya. No puedo seguir perdiendo tiempo con esta criatura.

- ¡Y haces que lo perdamos los demás! ¡Dámela, hombre! ¡Jesús! ¡Otra boca más que alimentar! ¡Cómo si fuera fácil sacar adelante a todos los que tenemos aquí ya!

La mujer se dio la vuelta rezongando, quejándose al aire de la situación en la que estaba todo, gruñendo como si aquella niña tuviera la culpa de las malas gestiones del Duque de Lerma, que mantenían a España sumida en una crisis profunda. Nunca había habido tantos mendigos, tantos vagabundos y delincuentes, nunca se habían abandonado tantos niños como en ese momento y a ella le tocaba cuidar a más de los que era capaz de recordar el nombre. Se dio la vuelta de repente.

- ¡Tabernero! ¿Sabes el nombre de la niña?

El tabernero, que había comenzado el camino de regreso a su trabajo, se dio la vuelta desconcertado. La pregunta le había pillado desprevenido. No había pensado en el nombre de la criatura, ¿por qué iba a hacerlo? Al fin y al cabo no tenía más que ver con ella que el hecho de haberla encontrado en su puerta apenas una hora antes.

- ¿Qué día es hoy?

- Hoy es 11 de agosto- respondió la mujer.

En ese momento un fraile de hábito negro, de aquellos en los que había pensado el hombre un rato antes, cruzaba la calle a grandes zancadas a unos pocos pasos de ambos.

- ¡Fraile!- le increpó el tabernero.- ¿Qué santa es hoy?

- Santa Clara - el fraile contestó mecánicamente. Ni siquiera se paró a dar los buenos días. No se interesó tampoco a qué venía la pregunta.

- Ya sabes, mujer. La niña se llama Clara.

Y se alejó a grandes zancadas que casi se parecían a una carrera no fuera a ser que la vieja encontrase alguna pregunta más que lo retuviera y empezara a considerar la posibilidad de llevarse

la niña a casa y zanjar el asunto. Al fin y al cabo era ya un poco mayor, había cumplido los treinta, y no tenía familia que heredase el negocio que tanto le había costado levantar. Apretó más el paso. No iba a pensar más en aquel día de agosto. Era lo mejor.

Clara maduró en aquel sórdido edificio. Como era de esperar nadie acudió a adoptarla. Ni a ella ni a ninguno más de aquellos niños que crecieron entre los muros del hospicio municipal, en ese Madrid que parecía haber perdido el futuro. No eran buenos tiempos para niños huérfanos. Ellos fueron su familia mucho más que las muchas mujeres que pasaron por allí para ejercer de cuidadoras ya que ninguna pasaba el tiempo suficiente como para encariñarse con los pequeños. Clara era obediente y dispuesta y se encargaba de los más pequeños siempre que llegaba alguno nuevo. Aprendió a coser, a cocinar, a ocuparse de la casa y soñaba con el día que se hiciera mujer y saliera de aquel lugar para casarse con alguien que le daría ese hogar y esa familia que siempre tanto anhelaba.

- Cuando tenga mi propia casa pondré flores en todas las habitaciones, y creo que voy a convencer a mi marido para que nos llevemos a un par de niños de aquí, para que crezcan con los nuestros.

Clara le hablaba a Inés, su mejor amiga. Corría el mes de abril de 1.621 y ambas estaban próximas a cumplir los doce años. Mientras que Clara era soñadora y tranquila, Inés era un alma inquieta que ya se había escapado un par de veces del hospicio. Había un muchacho con el que había descubierto los placeres de la vida y disfrutaba de ello hasta que llegase el momento de iniciar el único camino que creía que estaba destinado para las chicas como ellas.

- ¡Nunca vas a tener tu casa!

- ¡No digas eso, Inés!- protestó Clara. - Tendré una casa y un marido. Ya lo verás. Siempre me dicen que soy bonita.

- ¡Y lo eres! Pero ni tú ni yo vamos a tener una casa, ni vamos a ser señoras de nadie. Tú y yo sólo podemos ser una cosa.

Clara miró a su amiga con una interrogación dibujada en su rostro. No sabía de qué estaba hablándole Inés.

- Tú y yo somos bonitas, unas niñas jóvenes y guapas que van a tener mucho trabajo en los próximos años, pero no vamos a tener marido, es mejor que te enteres cuanto antes.

- ¿Y qué vamos a ser? ¿Monjas? ¡Yo no quiero! No me gusta asistir a misa. y no quiero levantarme de madrugada para rezar. ¿A quién le entusiasma trabajar en una huerta?

- Pues si no quieres ser monja entonces serás puta.

Clara recibió las palabras con el mismo impacto que hubiera sentido si alguien la tirase de un empujón a una charca helada. ¡Ella no quería ser eso! ¡Ni siquiera se atrevía a decir la palabra! Inés era una descarada, sólo quería ponerla nerviosa.

- ¡Yo no voy a ser...! ¡Estás loca, Inés!

- ¡Claro que lo serás! ¿No sabes que las huérfanas no podemos ser otra cosa?

- ¡No es cierto! He oído que el nuevo rey va a incrementar el número de sirvientes de la corte. Creo que si hablo con doña Isabel podrá ayudarme a entrar de sirvienta en las cocinas o en cualquier otro lugar de palacio.

- ¡Sirvienta en la corte! ¡No te enteras de nada! Las sirvientas de la corte son hijas de nobles, gente de buena posición, no pobres niñas sin pasado como nosotras.

- ¿Para que necesitan niñas nobles en la cocina? Ellas ya tienen dinero, no necesitan emplearse como criadas...

- ¡Qué ingenua eres! Las niñas de buena posición saben comportarse, no han salido de la calle como nosotras. Y también necesitan trabajar. Este país está hecho una mierda. ¿No escuchas cuando los mayores hablan?

- Bueno, de todos modos habrá otros oficios que podamos desempeñar, ¿no? Podemos preguntar...

- Podemos, pero acabaremos de barraganas en el barranco de Lavapiés. Y más te vale empezar a poner tu cabeza en orden y aceptar tu destino antes de que te coja desprevenida y sufras más. Porque vas a sufrir. Lo que hemos vivido hasta ahora, Clara, ha sido lo mejor que nos va a dar la vida. Nacimos por error y toda nuestra vida va a serlo. Nunca vas a poder cambiar eso.

Clara se pasó las siguientes semanas pensando en la conversación que había tenido con Inés. El futuro que le esperaba era tan oscuro que le parecía imposible que la vida la estuviera poniendo en aquella situación. Inés se debía haber vuelto loca, no era verdad lo que le decía. No podía ser que la única opción de vida, el único camino, fuera convertirse en una prostituta. No

sabía qué hacían las prostitutas exactamente pero sabía que muy bueno no podía ser porque puta era una palabra que se usaba como insulto. Eso y bruja eran de lo peor que se le podía llamar a una mujer.

El catorce de agosto de 1.621 Clara tenía recién cumplidos los doce años. Mientras la corte andaba inquieta por la muerte de la primogénita de Felipe IV e Isabel de Borbón, una muchacha que acababa de perder lo que le quedaba de inocencia estaba sentada ante un juez, jurándole que ya no era virgen y solicitando su permiso para ejercer de prostituta en una mancebía de Lavapiés. No había mentira alguna en su petición: un hombre contratado por la cuidadora la había forzado después de que Clara le expusiese a aquella, con todo el respeto que pudo encontrar en su corazón, que el señor no la había llamado por su camino y que no quería ser monja.

- ¡Tú lo has querido, niña! Vas a cumplir los doce y aquí ya no puedes estar, así que ya lo sabes: monja o puta. Y has elegido.

- ¡No he dicho nada...!- la protesta de Clara fue cortada de manera tajante por la mujer.

- Se exige que no seas virgen y eso lo vamos a solucionar.

- ¡Pero...!- Clara trataba de soltarse del brazo de la vieja que la arrastraba, sin dejarla hablar.

Gritó con todas sus fuerzas, trató de zafarse de los brazos del hombre pero este era corpulento y ella sólo una pequeña mal alimentada que estaba muy asustada. La tortura apenas duró quince minutos pero en ellos Clara entendió quién era, quién había sido siempre. Perdió la inocencia y la capacidad de soñar. Dejó de pelear cuando llegó a la conclusión de que alguien había escogido por ella siempre: su madre al abandonarla, el tabernero al llevarla al hospicio, la cuidadora al planear un futuro ingrato, aquel hombre al obligarla... ¡y tendría que hacer aquello siempre para seguir viva!

Clara aprendió a vivir con su propia vida. Entendió que era huérfana y eso significaba que nadie iba a mostrar nunca interés por ella. Aprendió a soportar a borrachos y señores, que acudían por igual a aquel burdel del barranco. Las humillaciones fueron curtiendo su alma hasta un punto en el que ya no hacían daño.

Había oído que algunas prostitutas acompañaban a los soldados de los Tercios y pensó

que podía ser una buena solución para escapar de aquella ciudad, incluso de aquel país. Con un poco de suerte podría perderse en Flandes, o en Nápoles, distanciarse de las tropas lo suficiente como para buscar una nueva vida entre gentes de las que no conocía el idioma pero que tampoco la conocían a ella. Podía conseguir algo de dinero, comprar sedas y joyas a través de un par de clientes que eran amables (las joyas y las sedas estaban prohibidas para las putas de Madrid), y quizá la vida le diera la oportunidad que deseaba. Todo estaba dibujado en su mente y ahí podría haberse quedado de no ser porque a Felipe IV, cliente asiduo e incógnito de aquellos burdeles, le dio por prohibir la prostitución con la pragmática del 10 de febrero de 1623, justo cuando Clara estaba recuperando la capacidad de soñar un futuro. Hasta entonces, aunque confinada en un barranco inmundo, la prostitución había sido oficio legal y regulado por el municipio, al que se pagaban impuestos: la renta de mancebía o la renta de putería. Los cirujanos de la Cárcel de la Corte las visitaban con asiduidad y existía para ellas un impuesto, conocido como “derecho de perdices”, que cobraban los alguaciles por la protección o vigilancia que ofrecían a cada una de estas mujeres. Con la nueva ley las cosas no iban a cambiar demasiado, quizá las putas iban a vivir todavía peor, sin médico ni protección y al amparo sólo de aquellos rufianes que se dieran cuenta de que la mentalidad puritana del rey estaba abriendoles las puertas a un nuevo negocio.

Ya no había vuelta atrás. Clara se exponía a cien azotes si alguien la descubría. No le gustaba su oficio pero ejercerlo sabiendo que estaba al margen de la ley mucho menos así que se arriesgó. Incumplió las normas al hacerse con objetos reservados a las mujeres decentes y decidió salir de noche, sin saber hasta donde podría llegar. Con sus posesiones metidas en un pequeño saco vagó por la ciudad, escondiéndose en el umbral de la casa más cercana apenas escuchaba pasos o voces. Estaba cerca de la parroquia de San Martín cuando tropezó con un joven que volvía a casa tarde. Ninguno de los dos se había percatado de la presencia del otro hasta que sintieron el golpe de sus cuerpos encontrándose. Él era Diego, un sevillano de 24 años que hacía muy poco que estaba en la villa. Vio la toca azafrán que cubría la cabeza de la muchacha y no tuvo dudas de que se trataba de una prostituta. “*¿Qué hace aquí?*”, pensaba Diego. Si hubiera sido de día hubiera visto también que se ruborizaba. “*He sido descubierta en falta, ¿o no?*”, cavilaba Clara.

Diego se fijó en algo más: no era más que una niña. No se imaginó que tan solo tenía catorce, pues era algo más alta de lo normal y tenía cuerpo de mujer. Era en su mirada donde todavía quedaba un tenue brillo de aquella niña alegre que había sido. Algo movió su compasión.

Hacía frío y la niña temblaba. Podía dejarla dormir en su casa. Al fin y al cabo estaba solo; su mujer aguardaba en Sevilla, esperando con impaciencia que la entrevista que él tenía con el rey saliera bien y los dos se trasladaran juntos a vivir a la capital. Diego era pintor, le habían encargado un retrato de Felipe IV. Juntó valor y le trasladó la invitación. Clara, sorprendida, pensó en rechazarla pero el ruido de unas espadas cerca de la esquina de la calle le hizo cambiar de idea. ¿Qué más podía hacerle un hombre que no le hubieran hecho ya?

Clara se quedó esa noche. Le contó a Diego de donde venía y le suplicó ayuda para salir de aquel lugar. Le habló de su “padre” y su “madre”, las personas que ejercían de tutores en la mancebía. Hasta que salió la orden del rey las cosas fueron bien pero desde aquel 10 de febrero todo había cambiado.

- Ahora somos delincuentes. Nosotras y ellos. No me sentía bien así que decidí marcharme. Sólo quiero una vida normal, una casa, un marido, unos niños a los que criar. Esto que hago no me gusta.

- ¡No conozco a ninguna puta orgullosa de serlo!

- Pues dejadme que os diga, señor, que conocéis a pocas.- Y en ese momento pensaba Clara en su amiga Inés, que se había convertido en la más popular del establecimiento y que había compartido cama, según se jactaba, con el mismo rey. Le encantaba lo que hacía, algo que Clara no lograba entender.

- ¿Cómo puedo ayudarte?

Los ojos de Clara se abrieron como platos. Aquel hombre hablaba de prestarle ayuda. Ella no tenía un plan concreto. Se había movido sólo por un impulso, por la necesidad imperiosa de huir que sentía desde aquel momento en el que abusaron de ella para que ni uno sólo de los requisitos exigidos para ser puta se quedase sin cumplir.

- Quiero irme lejos, salir de aquí.

- ¿De Madrid? Yo conozco gente en Sevilla, casas en las que podrías servir.

- Podría ser, pero... - Clara no se atrevía a decirle lo que quería.

- ¿Qué es lo que has pensado?

- Don Diego, me gustaría salir de España.

Diego no sabía cómo, un pintor que todavía no estaba seguro de llegar a ser importante, podría ayudar a aquella niña a salir del país, pero le hizo gracia la petición y el que le pusiera el don delante.

- Trataré de hacerlo. Mañana tengo que ver al rey, porque quiere contratarme para que le pinte un retrato. Si tengo suerte y acabo siendo pintor de Felipe IV seguro que podré encontrar la manera de que salgas de este país, y por supuesto que lo hagas sin tener que volver a la cama de ningún hombre para sobrevivir.

- Si tuviera que volver a la cama de un hombre para sobrevivir lo haría, pero de uno solo. Ya he tenido bastantes.

Lo que quedó de noche lo pasaron hablando de otras cosas: de Sevilla, de aquel lugar en el que Clara creció, de Juana, la esposa de Diego, de los cuadros que había pintado y de la ilusión que tenía puesta en aquella visita a palacio. La entrevista mantenía a Diego tan excitado que no era capaz de dormir y tampoco parecía darse cuenta de que la niña luchaba por mantener sus ojos abiertos cuando la noche daba paso al alba.

La entrevista con el rey fue rápida. Le pidió que le pintase un retrato, que empezase al día siguiente. De vuelta a casa Diego encontró a Clara dormida y la despertó para contarle la noticia. Después de rogarle que no se marchara salió de la casa y no regresó hasta bien avanzada la tarde, con una mujer que cargaba varios bultos. Como pintor había pensado, lo primero, en pinturas. Había comprado polvos de albayalde para la cara, toque de muda para los pómulos y antimonio que, convenientemente disuelto en alcohol, servía para resaltar los perfiles de los ojos. También trajo plumas y colgantes para el pelo y unos chapines de 10 centímetros de alto que toda dama que se preciase debía llevar. Sabía que Clara había conseguido sedas y joyas pero, de todos modos, compró terciopelo y tafetán y un guardainfante para darle forma a la falda. La mujer que había traído, en los siguientes días cosió trajes para la muchacha y antes de que Clara se diera cuenta de nada estaban ambas en el puerto de Valencia, ella convertida en Clara de Guzmán, hija de un mercader de Sevilla y la mujer transformada en su aya. Iban a Roma, donde un conocido de Diego se había comprometido con la muchacha, para hacerla su esposa.

- Debería pagaros esto, don Diego, me estáis dando una nueva vida.

- No veo la manera en la que podáis saldar la deuda - sonrió antes de continuar. - No hay

tal. Si algún día voy a Roma sólo os pido que me regaléis algo de vuestro tiempo. No creo que vuestro marido se oponga a que mantengamos alguna entrevista.

- Gracias por todo. Espero que nos volvamos a ver.- Y dejó que le besase la mano.

Seis años después Diego encontró la oportunidad de viajar a Roma. Ya no era el joven ilusionado que había llegado a Madrid buscando convertirse en el pintor favorito de palacio sino que era toda una institución. Había pintado al rey y a toda su familia, así como algunos personajes notables de la corte e, incluso, se había dejado llevar en alguna ocasión y había pintado alguno de esos temas mitológicos de los que tanto le describía su amigo Luis, el poeta. Otro pintor, Rubens, había llegado a Madrid y le habló de las grandes colecciones que podría ver en la ciudad italiana. Le pareció una buena idea viajar para admirar aquellas maravillas y pensó en Clara. En realidad hacía tiempo que pensaba en ella. Diego tenía ya 30 años y había alcanzado su madurez como pintor y como hombre. Pintar retratos le gustaba pero necesitaba tratar otros temas, por eso aquellas incursiones en la mitología.

Viajó por toda Italia antes de llegar a la capital, casi un año después. Llevaba varios días en Roma cuando por fin se encontró con Clara. Esperaba a una niña, aquella que recordaba, y le impactó la visión de la joven que tenía delante. Había madurado y también estaba cambiada. Ya tenía 21 años y dos niños pequeños correteaban por el hogar que compartía con el conocido de Diego. Con la edad y los cambios que la maternidad le había imprimido el cuerpo de Clara se volvió mucho más voluptuoso y sensual y Diego tuvo que controlar el impulso de plantearle lo que estaba pensando sin demasiado tacto. La conversación giró, volvió, se retorció, rodeó una esquina para salir en otra hasta que Clara, con una sonrisa, le abrió el camino.

- ¡Quieres que te devuelva el favor!

- ¡No!- estaba azorado, no sabía qué decir. Se sentía como un niño pillado en falta.

- ¡Claro que sí! Y yo estoy dispuesta. Me regalaste mi vida, mis hijos son mi felicidad y sin ti no existirían. ¿Qué necesitas, Diego? - Clara pensaba que Diego recordaba su pasado, que le pediría que, por unas horas, regresara a Lavapiés, aunque sólo fuera en su mente, y que le dejase explorar su cuerpo con las manos, no sólo con aquella mirada que, lejos de molestarle, la hacía sentirse deseada.

- Está bien, quiero algo, pero no sé si estarás dispuesta.

- Lo que quieras.

Sonó a invitación y si Juana no hubiera existido Diego no la habría rechazado pero no era aquello lo que buscaba. Quería pedirle otra cosa, algo que no le dejaba dormir.

- Quiero pintarte desnuda, como si fueras una Venus.

Clara no lo esperaba y en lo más íntimo se sintió decepcionada. Pero accedió. Su marido ni siquiera se enteró de que estuvo desnuda durante toda una tarde mientras Diego tomaba apuntes para el cuadro que pensaba pintar. Apenas hablaron pero en las miradas que intercambiaron había un deseo que ninguno expresó de otra manera. Clara le pidió que le dejase ver los apuntes pero Diego le dijo que no, que apenas eran un esbozo de lo que pretendía. Debía convencer a su marido para viajar a España y que allí vería el cuadro terminado. Iba a ser una sorpresa para ella. Le dejó que se despidiera con un beso en la mejilla.

Diego no pintó el cuadro. Pocos días después de su regreso a España recibió una carta de Roma en la que se le informaba de la muerte de Clara. Había contraído unas fiebres y falleció sin que nadie pudiera hacer nada para evitarlo. Su esposo le agradecía que hubiera pensado en él para convertirla en su mujer. Había sido buena y generosa, era inteligente y dulce y le había hecho feliz. Diego se abandonó al llanto y estuvo varios días sin hablar, sin que Juana entendiera qué era exactamente lo que le pasaba. No era propio de él.

Veinte años después, revolviendo entre unos viejos papeles, mientras preparaba su segundo viaje a Italia, encontró los bocetos que pintó aquella tarde con Clara. En ellos se veía a una mujer desnuda, tendida de espaldas en una cama. Una lágrima intentó resbalar de su ojo derecho pero el pintor la atrapó con la manga. Colocó un lienzo en el atril y comenzó a dibujar a Clara. El recuerdo de su cuerpo era nítido, transparente, no así su rostro, que con los años se había perdido en los recuerdos de Diego. No pudo dibujar sino el reflejo difuso de su rostro en un espejo.